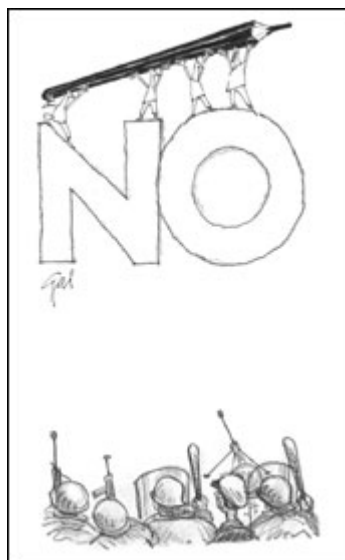


## Un nuevo comienzo de la historia de Chile

Enrique Correa Ríos LN 31 de diciembre de 2006

*La oposición, al abandonar gradualmente el lenguaje de la resistencia y adoptar el discurso de la política, se puso en condiciones de hacer valer su condición de mayoría. Sin embargo, nada de esto habría sido posible sin la manifestación masiva del repudio a la dictadura que significaron las enormes y sistemáticas protestas de 1983 y 1984.*



El plebiscito del 5 de octubre es el acontecimiento político mas trascendental del siglo XX.

Sin odios, sin violencia, usando los propios mecanismos previstos en una constitución controvertida, los chilenos pusieron fin a la dictadura que sumió al país en la pesadilla del espanto por 17 años.

El 5 de octubre fue la victoria de la política sobre las armas. Fue el triunfo del camino político por sobre el camino armado al interior de la oposición a la dictadura.

Fue la vía vencedora para imponerse sin armas la arrogancia de una dictadura violenta y armada.

A partir del 5 de octubre, gradualmente la razón volvió a imperar en nuestro país, primero en la oposición de entonces y después en todo el arco político. Ese día se fundaron los cimientos del país que hoy día tenemos. Nada importante es fácil de alcanzar y octubre de 1988 fue el fin de un arduo camino.

Digamos las cosas como son, desde el golpe de 1973 hasta la crisis económica entre 1982 y 1983 una lápida parecía habernos caído encima.

Nos organizábamos, luchábamos todo lo posible, vivíamos entre el exilio y la clandestinidad. Todo ello lo hacíamos con disciplina, sin desmayar, pero en medio del horror cotidiano. Vivíamos en el repliegue propio de una catástrofe política enorme y profunda. La república que nos vio nacer había muerto y en su lugar reinaba la oscuridad de un régimen que mataba todos los días. Un régimen que se sentía eterno. Un régimen que nosotros mismos no sabíamos cómo enfrentarlo.

Un camino posible era la insurrección. Poner entonces las armas que le faltaron al gobierno del Presidente Allende para defenderse.

Otro camino era el de la política. Unir ahora lo que dividimos en los 70. Reparar la división que nos llevó al abismo

El primer camino, como ocurre siempre con los fundamentalismos, aparecía claro, rotundo, sin dudas, con una fuerte aureola mística propia del martirio.

El segundo camino era más lleno de complejidades, sutilezas e inteligencia política, tanto para unir al centro con la izquierda, separados durante décadas como para caminar por los itinerarios previstos en una constitución cuya legitimidad negábamos.

Al mismo tiempo que se internaban armas y se atentaba contra Pinochet, en el otro lado de la oposición se preparaba la inscripción de los partidos y de los ciudadanos en el registro electoral.

Al separarse tajantemente ambos caminos se abrió la llave para ir a buscar el triunfo en las urnas.

Allí se inició el camino que triunfó. Allí nació también la leyenda que la oposición se dividía entre héroes y pragmáticos.

La oposición, al abandonar gradualmente el lenguaje de la resistencia y adoptar el discurso de la política, se puso en condiciones de hacer valer su condición de mayoría. Sin embargo, nada de esto habría sido posible sin la manifestación masiva del repudio a la dictadura que significaron las enormes y sistemáticas protestas de 1983 y 1984.

Llegamos a un momento en el que los que nos dominaban no podían seguir gobernando como antes, ni los que resistíamos podíamos derrocar a la dictadura por la fuerza.

En rigor, las protestas nos pusieron a las puertas de la democracia. Sin ello no habríamos podido nunca construir el camino político que recorrimos. Las protestas no fueron en su origen un plan de los partidos opositores, sino una decisión de los sindicatos que contó con el aliento y la compañía de la Iglesia Católica. Como en Polonia, la democracia empezó a surgir en Chile de la mano de estos conductores, el sindicalismo y la organización de la Iglesia. Manuel Bustos y el cardenal Silva, los curas de las comunidades cristianas populares, los jóvenes de las poblaciones y los trabajadores que fueron gradualmente superando sus largas divisiones.

Las protestas ocasionaron una lucha de interpretaciones en la oposición a la dictadura.

Unos pensaban que bastaba seguir empujando para que la dictadura se viniera abajo como en Paraguay o en Nicaragua. Otros pensaban que lamentablemente ello era una ilusión con la que debíamos ajustar cuentas para construir una fórmula política que diera salida a la situación evitando tragedias mayores.

Nos pusimos a trabajar los jefes de partidos encabezada por Patricio Aylwin y con un destacado protagonismo de nuestros fundadores Andrés Zaldívar, Ricardo Lagos, Enrique Silva Cimma y tantos otros.

Sin embargo lo que parecía obvio, no lo es tanto, creíamos que con sólo presentar nuestra opción del No y aseguraron que no habría fraude, el triunfo estaría asegurado. La realidad era distinta, las encuestas, encargadas por nosotros mismos, nos demostraban que también podíamos perder si no modificábamos muy radicalmente nuestro lenguaje político.

La mayoría de los jóvenes no se inscribían en los registros electorales porque no tenían esperanza en el cambio. Un número significativo de inscritos en los registros electorales permanecían indecisos porque tenían temor al cambio y los paralizaba el terror a otro terremoto apocalíptico como el de septiembre de 1973.

Había pues, que combinar bien las esperanzas con la seguridad.

La franja del No sorpresiva, fresca y pacífica logró la síntesis. A ella le deben buena parte del triunfo.

Eso no es todo, había aún otra epopeya por revisar. No podíamos denunciar un fraude porque desalentaríamos el voto de los nuestros. No podíamos tampoco avalar los cómputos de la dictadura porque no sabíamos en qué noche oscura de engaños y mentiras podíamos vernos metidos.

Se decidió un cómputo paralelo, con nuestros propios medios, con nuestra propia gente. Ese fue el cómputo que enviamos a Sergio Onofre Jarpa en la noche del referéndum.

Ese cómputo movilizó a miles que se transformaron sorpresivamente en héroes civiles de nuestra historia.

La fuerza del No fue la poesía y el cómputo paralelo la epopeya.

El plebiscito tenía dos caras, como todo en la vida. Fue un momento épico que congregó el espíritu de la libertad y fue a la vez el nuevo comienzo de la política, esta vez bajo una promesa de unir la nación, no dividirla, vencer la pasión con la razón, derrotar la violencia con los consensos y los acuerdos que nos transformaron en una nación madura.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes

agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007

